

PRIMER PLANO

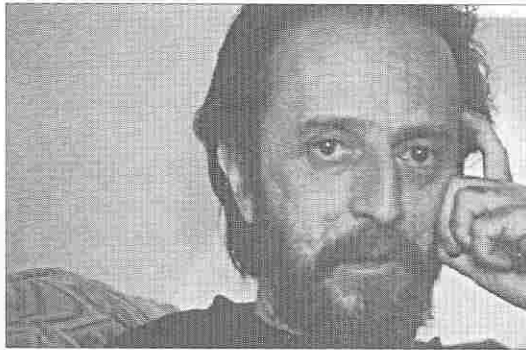
ANDRES ABERASTURI
Periodista

Disculpas

A lo largo de toda campaña electoral, además de los obligados mítines, ruedas de prensa, besuqueos a los niños y saludos a los tenderos de los mercados, se suelen suceder mesas o coloquios con grupos de afectados por cualquier tipo de problema: tercera edad, jóvenes empresarios sin empresa, asociaciones de disminuidos, etcétera. He tenido ocasión de asistir a dos mesas redondas con la intervención de políticos aspirantes a ser elegidos. Al final, la conclusión fue que era necesario que los afectados se hicieran oír, protestaran, cambiaran las estructuras que todos reconocían injustas.

Tras la muerte de un joven en un polígono madrileño a manos de unos «cabezas rapadas», el fiscal de Madrid alertaba sobre estas bandas fascistas y pedía a la sociedad que tomara conciencia del problema. Los programadores de televisión se defienden de las acusaciones que se les hacen desde la prensa escrita asegurando que ellos están deseando hacer productos de calidad, pero tiene que ser la sociedad la que primero demande esos productos.

¡Ya está bien de que nos tomen el pelo todos! La sociedad soy yo y usted y el otro, y por lo tanto la sociedad, como un ente pensante, no existe si no



es en momentos de crisis muy graves y siempre que exista o se produzca un líder capaz de movilizarla. Mientras tanto, los que tienen la obligación de mejorar la realidad son precisamente los que se hartan de depositar su propia responsabilidad en los hombros de los demás. Todo el mundo sabe que los disminuidos están marginados, y todo el mundo sabe cómo se elimina esa marginación, y quién debe eliminarla. Y no son precisamente los propios afectados. De la misma forma, todos sabemos quién tiene la obligación y el poder para atajar el problema de las bandas juveniles y, puestos ya en más frívolos, todo el mundo sabe qué tipos de televisión habría que suprimir de un plumazo de las programaciones. Entonces, ¿a qué viene tanta demagogia?, ¿por qué tanto pasarse la patata caliente de nuestros problemas para

que al final seamos nosotros los que nos quememos?

Yo cumplo con mis obligaciones, voto a unos representantes y pago mis impuestos para que con mi dinero esos representantes defiendan mis derechos. ¿Qué pretenden, que encima sea yo quien llame al albañil para solucionar las barreras arquitectónicas, aprenda judo para defenderme de los salvajes y me manifieste todas las tardes frente al «Pirulí»?

Se han pasado; una cosa es potenciar los movimientos ciudadanos, las asociaciones o las uniones de consumidores, y otra muy distinta llegar a un acuerdo con los médicos. Esa es su obligación, no la nuestra, y si no saben o no pueden, pues que se vayan y en paz, pero que no nos abrumen a nosotros con más problemas de los que ya tenemos y ellos nos crean. ■

DESDE MI ONDA

JOSE M.^a ALFAGEME
Redactor jefe de la COPE

Predicar con el ejemplo

S IEMPRE me gusta apurar al máximo la entrada de estos folios en la edición de la revista para aproximarme a aquellos temas que más rozan la actualidad. En esta ocasión he esperado al resultado de las elecciones autonómicas y municipales, que siempre dan mucho juego, para la reflexión; pero ya está casi todo dicho y, mucho más, hecho. Otro asunto que ha cautivado la atención de los ciudadanos ha sido la tragedia en la casa de los González Flores; el destino ha querido que los hechos fueran así. Nada que comentar. El Real Madrid se ha proclamado campeón de la Liga; tampoco es un acontecimiento que haga cambiar los planes de Felipe González. Continúa la guerra en Bosnia; según mi vecina, es muy triste, pero no le va a alterar su programa de vacaciones para este año en Torre Vieja. ¡Ah, ya sé!, el Banco de España ha subido los tipos de interés; esto, pienso yo, sí tiene que ser un asunto para el comentario, porque, ¿quién no tiene una hipoteca que le esté rebañando la nómina mes a mes? ¿Quién no está pensando en armarse de valor, tomarse unos cubatas, y entrar en el despacho del jefe para contarle lo triste que es la vida?...

¡Qué levante la mano el que no esté en parecida situación...!



— ¡... Yo!
— Y usted, ¿quién es?
— Manuel Pérez, para servirle, si tiene usted intención de pasar unos días en la playa.
— ¿Alquila sombrillas?
— No señor. Alquilo apartamentos en un edificio de

26 plantas junto al mar Mediterráneo en uno de los municipios más importantes del turismo nacional. Si quiere, tengo dos: uno de tres habitaciones y otro de dos para la segunda quincena de agosto. Todos amueblados, con vistas al puerto, televisor en el salón, piscina aparte y plaza de garaje opcional. Recogemos la basura, si está por encima del décimo piso, y la bombona de butano se la instalo yo mismo, fuera del precio del acuerdo. No doy recibo de contrato y me tiene que dejar una señal del 20 por 100 para asegurarle su estancia. El resto, cuando llegue, todo al contado.

— Pero, ¿usted tiene una agencia inmobiliaria?... ¿una promotora de viviendas? Es el propietario del edificio?...

— ¿Qué dice?... Soy el conserje del inmueble desde hace ocho años. Un catarro mal curado me alejó del cultivo del níspero y el marido de una prima mía me colocó en la obra. Después vendí, uno por uno, los pisos; en total, 104. La constructora Hormigón, S.A.,

en agradecimiento, me regaló el bajo A. Me ocupo del mantenimiento de las viviendas, tengo mi sueldo y mis seguros sociales, decido en las reuniones de vecinos, me saco mis propinas y selecciono a los veraneantes. El supermercado y el bar están a nombre de mis hijos. No tengo necesidad de hacer la Primitiva y todos me conocen como don Manuel.

— ¡Oiga!..., pero lo que hace es una economía sumergida fraudulenta. Así, el país no puede ir a ningún lado con gente como usted. Se lo está llevando crudo y encima no lo declara a Hacienda. Es una vergüenza.

— Sí, sí..., lo que usted diga. Pero, ¿quiere veranear este año en primera línea de playa o le dice a su mujer que otro verano será?

— ¡Hombre!... ¿De dónde saco yo las 200.000 pesetas que debe valer el pisito?

— Pues muy sencillo. Haga lo que otros: acogerse a un préstamo personal que yo le concedo a un punto por debajo del tipo de interés que marca el Banco de España. Para qué se va a complicar la vida. Que es usted legal, se va a un hotel; que quiere veranear, pregunte por don Manuel...

— ¿Y por qué habré sacado yo este tema...? ¡En fin!...

¡Oiga!... ¿Qué pisos me decía que están libres para agosto? ■

JESUS ALBARRACIN
Economista

El «efecto tequila» y la cotización de la peseta

El pasado 5 de marzo, la peseta sufría su cuarta devaluación desde septiembre de 1992. Siendo más precisos, es la quinta, si se tiene en cuenta que, en julio de 1993, la Unión Europea decidió ampliar al 30 por 100 la banda de fluctuación del Sistema Monetario Europeo para evitar que varias monedas, entre las que estaba la peseta, tuvieran que ser devaluadas oficialmente. La magnitud de dicha banda de fluctuación hacía que, en la práctica, los tipos de cambio fueran flexibles, lo que suponía el reconocimiento implícito de la fragilidad del SME para soportar las agudas diferencias entre las economías de los doce y para hacer frente a las turbulencias provocadas por los intensos movimientos de capital. A pesar de ello, la peseta ha sufrido nuevamente una de las crisis recurrentes del sistema monetario internacional, derivadas de la enorme inestabilidad financiera que se ha apoderado del capitalismo, y ante la perspectiva de que su cotización saliera de la banda del SME, ha tenido que devaluarse de nuevo. Pero sería erróneo imputar dicha devaluación a las turbulencias financieras internacionales, pasando por alto los factores estructura-



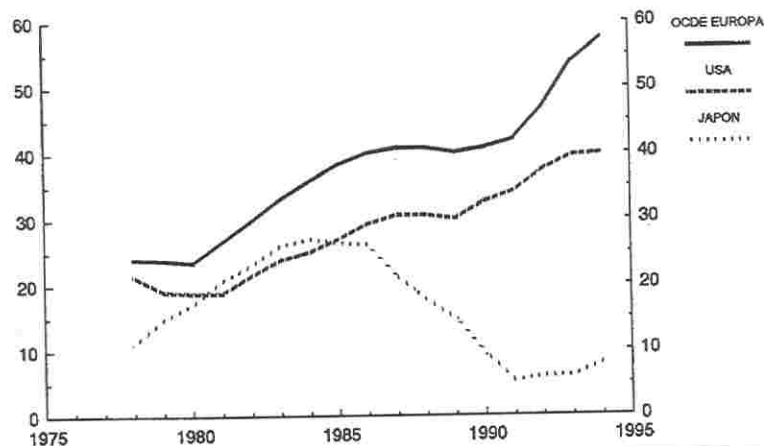
les y políticos que presionan sobre nuestra moneda.

El gran casino del mundo

Las continuas convulsiones que se producen en los mercados de cambios no pueden ser comprendidas sin considerar que el capitalismo se ha instalado en una enorme inestabilidad derivada de la hipertrofia financiera que se ha desarrollado durante los últimos años.

En la actualidad, el desarrollo de los medios de comunicación hace posible intervenir por la mañana en los mercados de capitales europeos, por la tarde en Wall Street y por la noche en Tokio, por lo que el mundo se ha convertido en un gran mercado financiero. En este contexto, la existencia de un enorme volumen de capitales especulativos, la desregulación financiera que se ha producido y la libertad absoluta para los movimientos internacionales de capital permiten que, en un solo día, se puedan mover decenas de millones de dólares

GRAFICO 1
EL ENDEUDAMIENTO PUBLICO
Porcentajes del PIB



en contra de unas monedas y a favor de otras, y no siempre actuando en la dirección que marcaría una corrección de fondo de los desequilibrios de las balanzas de pagos.

La actual hipertrofia financiera tiene su origen en el enorme crecimiento del endeudamiento de todos los agentes económicos que se ha producido durante los últimos años. Los déficits públicos y la financiación ortodoxa de los mismos han llevado a un endeudamiento público que no tiene precedentes en la historia del capitalismo. En 1993, la deuda pública bruta de los doce países de la Comunidad suponía el 66 por 100 del PIB conjunto de la misma, lo que equivale a una cifra superior a los 4 billones de dólares. En ese año, la deuda neta del Gobierno de los Estados Unidos equivalía al 39,6 por 100 del PIB, lo que suponía otros 2,7 billones de dólares. Si a ello se le suma las deudas de los gobiernos del resto de los países de la OCDE, cuyos porcentajes respecto al PIB son también muy elevados, no es aventurado afirmar que los mercados de capitales se han visto engordados por activos emitidos por los Estados que se acercan a los 10 billones de dólares.

A la deuda pública hay que sumarle la de las empresas, que también ha sido creciente, y sobre estos cimientos se ha levantado un enorme edificio financiero producto de la multiplicación del crédito: los Estados emiten deuda, las empresas o los fondos de inversión los compran, financiándolos con su propia deuda, y así sucesivamente en un proceso que no encuentra fin. Se inventan nuevos tipos de títulos y nuevas formas de financiación en un proceso que se denomina «innovación financiera», lo que contribuye a hacer crecer aún más el edificio, a facilitar la especulación, etcétera. Y el resultado es que se ha levantado una enorme montaña de papel sobre el capital directamente productivo, que ha introducido una gran inestabilidad en el funcionamiento del capitalismo.

«El desarrollo de los medios de comunicación hace posible intervenir por la mañana en los mercados de capitales europeos, por la tarde en Wall Street y por la noche en Tokio»

La hipertrofia financiera ha favorecido el auge de las cotizaciones prácticamente en todos los mercados de capitales. Desde el «crash» bursátil de 1987, los índices de bolsa han aumentado más de un 25 por 100 en Italia y Canadá, más de un 50 por 100 en Estados Unidos, Alemania y el Reino Unido, y más de un 100 por 100 en Francia. De todos los países industriales, solamente han descendido en Japón. Los elevados niveles de cotizaciones se traducen en unas rentabilidades bajas para el capital financiero, pero éste no espera obtener los beneficios por la vía de la rentabilidad que pagan las empresas, sino por la de las ganancias de capital producto de la especulación. En suma, los niveles de cotización no tienen nada que ver con la situación real de las empresas, pero lo que lleva a invertir a los poseedores de capitales financieros no es la rentabilidad real o la estructura de financiación de las mismas, sino una especulación desenfrenada. El resultado es que los mercados de capitales se encuentran sobrevalorados, por lo que el ajuste de las cotizaciones en bolsa a la situación real del capitalismo está aún pendiente. Cualquier acontecimiento puede desencadenar la crisis.

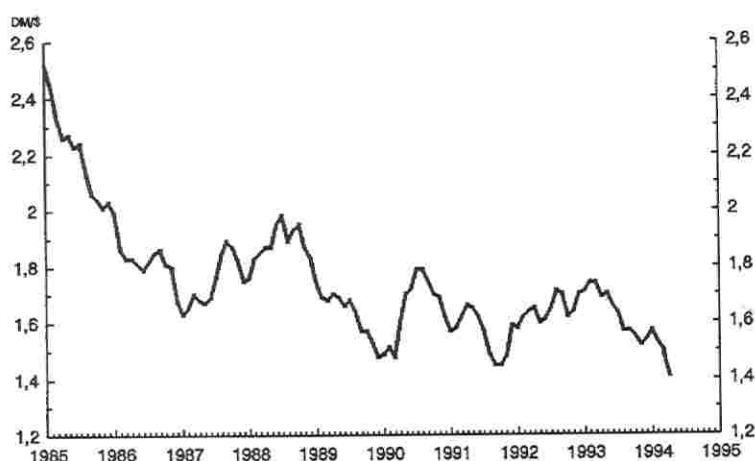
En un contexto de libertad absoluta para los movimientos internacionales

de capitales, la hipertrofia financiera se ha reflejado también en las cuentas exteriores. Entre 1981 y 1993, los pasivos exteriores de los siete grandes países industriales se han multiplicado por cuatro, al pasar de 2,3 billones de dólares a 9,2 billones. Aunque los activos exteriores han hecho otro tanto, lo cierto es que un enorme volumen de capitales especulativos se mueve por los mercados internacionales buscando una rentabilidad, ya sea en los mercados de capitales, ya sea especulando en los mercados de cambios. El resultado es que la inestabilidad de los tipos de cambio es manifiesta, que su evolución no tiene por qué corresponder necesariamente con la situación real de las balanzas de pagos y que los gobiernos se ven imposibilitados para controlar la cotización de sus monedas, dada la envergadura de los fondos especulativos que se mueven de unas a otras. Desde diciembre de 1993 hasta febrero de 1995, esto es, antes de que se desencadenase con toda su virulencia la especulación derivada de la crisis mexicana, el marco se apreció un 12,2 por 100 frente al dólar; el franco suizo, un 13,1 por 100, y el yen, un 10,7 por 100; la libra se depreció un 6,8 por 100 con respecto al marco, y la lira italiana, un 7,8 por 100, y ello por mencionar solamente las más importantes.

El «efecto tequila»

Sobre todo lo anterior, hay que añadir el problema de la deuda externa de los países del Tercer Mundo que, lejos de resolverse, se agrava cada vez más. En 1986, dicha deuda ascendía a 1.037 miles de millones de dólares, en 1994 se había elevado hasta 1.546, esto es, había crecido casi un 50 por 100. A este volumen hay que sumar otros 215.000 millones de dólares de los países del Este. Dos datos adicionales pueden servir para mostrar la gravedad del problema: en 1994, el servicio de

GRAFICO 2
COTIZACION DEL MARCO FRENTE AL DOLAR



la deuda externa de los países del Tercer Mundo se elevaba a 203.000 millones de dólares, lo que suponía el 4,3 por 100 del PIB de estos países, un porcentaje notablemente superior al crecimiento anual del mismo, y más de la mitad de la deuda corresponde a países con dificultades para hacer frente al servicio de la misma.

La deuda de los países del Tercer Mundo continúa siendo, pues, una bomba adosada al sistema financiero internacional, y México, uno de los países más afectados, pero no el único, es un buen ejemplo de ello. En 1982, México desencadenó la crisis de la deuda al declarar una moratoria unilateral sobre los 81.000 millones de dólares que debía en ese momento. Diez años después, lejos de reducirse, el problema se ha agravado: en 1994, la deuda exterior mexicana ascendía a 125.000 millones, una cifra a la que nuevamente no puede hacer frente. Unase a esto las consecuencias económicas y sociales de la política económica practicada de cara a la integración en el Tratado de Libre Comercio y la crisis política que se ha desatado en este país, y se comprenderá la gravedad de la crisis financiera mexicana.

La moneda americana está condenada a depreciarse tendencialmente por

el intenso déficit de su balanza de pagos por cuenta corriente (155.000 millones de dólares en 1994), pero la presión que sufre el dólar actualmente es más un reflejo de la crisis financiera de México que de los problemas estructurales de la economía americana. Los Estados Unidos han tenido que constituirse en garantes de este país para evitar que la crisis financiera de su vecino del Sur provoque que el Tratado de Libre Comercio quede en un simple acuerdo entre Canadá y Estados Unidos. Además, la crisis social y política mexicana se podría ver notablemente agudizada a causa de la quiebra financiera, y ello tendría graves repercusiones sobre el resto del continente, sometido a unas condiciones económicas y sociales explosivas. Pero la ayuda ha tenido un coste elevado: los 52.000 millones de dólares canalizados hacia México para impedir su declaración de bancarrota han inundado los mercados financieros, presionando al dólar a la baja. La intensidad de la crisis del dólar se puede mostrar con unos simples datos: desde comienzos de año hasta finales de abril, el dólar se había depreciado un 19 por 100 respecto al yen y un 13 por 100 respecto al marco alemán. La hipertrofia financiera y la especulación

han hecho el resto, trasladándose la crisis del dólar a otras divisas débiles.

Los problemas de la peseta

La devaluación de la peseta el 5 de marzo y la presión a la que ha estado sometida después de la misma hay que situarla en este contexto de especulación exacerbada en los mercados de cambio internacionales y de crisis del dólar por el «efecto tequila». No hay duda que la libra, la lira y la peseta se han visto afectadas por dicha crisis, pero nuestra moneda era una candidata más clara para la devaluación, dados los problemas estructurales de la economía española y su pertenencia al Sistema Monetario Europeo.

En 1989, el Gobierno socialista decidió la integración de la peseta en el SME con un tipo central de 65 pesetas por marco, la cotización más alta alcanzada desde la incorporación a la Comunidad Europea en 1986. Este tipo central no se correspondía con la realidad de la economía española, como lo muestra el hecho de que desde la integración en la Comunidad Europea hasta la entrada en el SME, la balanza por cuenta corriente española llegó a acumular el déficit más alto comparativamente del mundo (el 7 por 100 del PIB). A pesar de ello, durante 1989, 1990 y 1991, la peseta se pudo mantener como una de las monedas más fuertes del SME, llegando a cotizar a 61 pesetas por marco, gracias a unos tipos de interés desorbitados que hacían de nuestro país el refugio más rentable para los capitales especulativos. Pero los problemas para la peseta no tardarían en aparecer, pues el tipo de cambio central fijado era ficticio, la balanza por cuenta corriente presentaba un déficit considerable, la inflación era notablemente superior a la media europea, el déficit público era muy elevado, la tasa de paro duplicaba a la de la media comunitaria, etcétera. En estas condiciones no era posible

GRAFICO 3
COTIZACION DE LA PESETA FRENTE AL MARCO



garantizar que el tipo de cambio se mantendría indefinidamente y, tarde o temprano, aparecerían los ataques especulativos contra la peseta.

A partir de 1992, el panorama ha cambiado drásticamente. Hubo que devaluar la peseta por primera vez en septiembre de 1992, por segunda vez en noviembre de ese mismo año, por tercera vez en mayo de 1993, en julio se tuvo que admitir una banda del 30 por 100, continuó depreciándose a lo largo de 1994, se ha vuelto a devaluar en marzo de 1995 y la depreciación posterior anuncia nuevas devaluaciones o la salida definitiva del SME, donde nunca debió entrar. En el momento de escribir este artículo, la peseta cotiza en torno a las 90 unidades por marco, lo que significa que se ha depreciado nada menos que el 50 por 100 con respecto a esa divisa en poco más de tres años. Con respecto al ecu, o cesta de monedas de la Unión Europea, la depreciación desde 1991 se aproxima al 30 por 100.

La depreciación de la peseta es una consecuencia lógica de las incertidumbres sobre la evolución futura de la economía española que crean los múltiples problemas a los que debe hacer frente. La tasa de paro del 24 por 100 muestra cuál ha sido el precio que ha

tenido que pagar para afrontar el marco competitivo del Mercado Único y es un factor potencial de inestabilidad social que resta credibilidad a las políticas económicas estrictas que serían necesarias para mantener el tipo de cambio. El déficit comercial es muy agudo (el 4 por 100 del PIB en 1994) y la balanza por cuenta corriente todavía es negativa, a pesar de la fuerte recesión padecida y de las continuas devaluaciones, y cabe esperar que se agraven con la recuperación. En la actualidad se incumplen todas las condiciones de convergencia establecidas en Maastricht, pues en 1994 el déficit público fue del 6,8 por 100 del PIB; el endeudamiento público, del 64 por 100, y la inflación, del 4,5 por 100, muy lejos de los límites establecidos. La depreciación de la peseta tiene que ver también con la pérdida de interés del país para el capital extranjero, con las incertidumbres de Maastricht y, al mismo tiempo, con la certeza de que España quedará descolgada si se implanta la moneda única.

La crisis política

Así pues, no hay duda que la peseta se ha visto atrapada por la vorágine

de la crisis del dólar, en la medida en que el marco, la principal moneda del SME, ha sido, junto al yen, una de las monedas más demandadas por los especuladores. También es verdad que los principales factores económicos que influyen sobre la cotización de la peseta (paro, déficit de la balanza de pagos, condiciones de convergencia, etcétera) son adversos y presionan continuamente a la depreciación de nuestra moneda.

Pero no es menos cierto que la peseta ha tenido una historia reciente propia, iniciada en diciembre de 1994 con la corrupción y la activación del «caso GAL».

Para los especuladores, apostar por la depreciación de la peseta era lo más rentable, pues a los factores de fondo que actúan permanentemente contra nuestra moneda se les unían los efectos agudos de la crisis política. De hecho, durante los últimos meses, cada vez que se producía una agudización de dicha crisis política, la peseta se depreciaba considerablemente en los mercados de cambio, corriendo el riesgo de nuevas devaluaciones o de su salida del SME. No hay duda de que la vorágine política y los intentos desesperados del Gobierno por escapar de ella han determinado el hundimiento de la peseta.

En el momento de redactar este artículo, las tensiones contra la peseta parecen haber amainado, pero esto no es más que una calma relativa dentro de la tempestad. Por un lado, los problemas que arrastra nuestra economía continúan siendo agudos y presionan sobre la cotización de la peseta. Por otro, los inversores desconfían de la deuda que emite y la moneda que respalda un Estado cuyo Gobierno está desahuciado por una gran parte de la opinión pública y se empeña en resistir a toda costa. Por ello, la peseta continuará en el punto de mira de los especuladores cada vez que se agudice la crisis monetaria. ■